SEVILLA 14 DE ABRIL DE 1895.

5 céntimos

El Giraldillo

5 céntimos

PERIÓDICO SATÍRICO

DE LITERATURA, ARTES, ESPECTÁCULOS Y DE INTERESES MORALES Y MATERIALES

AÑO I. | ADMINISTRACIÓN, AZOFÁIFO 12 | NÚM. 4

Artículo de apremio

No han llegado los monos y por tanto no podemos publicar los artículos que teniamos preparados; y bien ¿qué hacemos ahora? EL GIRALDILLO tiene que salir en su dia, y falta lo de más miga. ¿Cómo suplimos la falta?

—Apurado es el caso, Sr. Director; pero como en este mundo todo tiene remedio, menos la muerte, que esa no hay quien la evite, no creo imposible, ni mucho menos, dar de mano á la dificultad, de cualquier manera que sea.

—Pero ¿qué entiende V. por salir del paso de cualquier manera? Porque eso, se dice facilmente, pero se realiza con tropiezos; pues no así así se llenan tres columnas cerradas de periódico; que tienen más letras que plantas un semillero, sin haber materia á mano ó á magin, ni cosa que relatar.

—¿Que nó? Por la Virgen de la Macarena Sr. Director que sucedidos de relato, los hay en abundancia.

Atienda, sin ir más lejos, lo que fresquito, fresquito ocurrió ayer mismo á un servidor de V.

Ello es que tengo el dormir algo duro y fuerte; y cuando estoy cansado, ni juntas todas las bandas de tambores restablecidas por el ex-Ministro de la Guerra Sr. Lopez Dominguez, son capaces de despertarme, como no sea á mi hora.

Rendido de correr durante el día de Jueves Santo la ceca y la meca, sirviendo de cicerone á un paisano mío que ha venido de botijo para ver las fiestas; pasada la noche en vela para gozar la vista y recrear el espíritu con la contempiación de los Pasos que, dicho sea de corrido, me han dejado suspenso y admirado por su riqueza y grandiosidad; y solicitado, durante todo el día de Viernes Santo, por el atractivo de las Iglesias que en esta capital se multiplican por lo mucho y bueno que ofrecen á la vista de los que no somos de la tierra, cuando por la noche me entregué á la cama, puedo asegurarle, Sr. Director, que no era más que un fardo, insensible.

¿Donde me acostaba? ¿Qué se yo? En una cama de la casa de huéspedes en que vivo.

La habitación consiste en una salita con su alcoba, cerrada esta,—que mira al frente de la entrada de aquella—con puertas vidrieras: no hace falta mayor detalle.

Digo que me dejé caer en la cama como un fardo, y estuve durmiendo no sé cuantas horas: solo sé que al clarear el alba, con voz doliente y teniéndome agarrado pero fuertemente agarrado no me acuerdo de qué parte de mi ser, una mano huesuda y temblona, me decía la persona á que la mano pertenecía,—que no sé explicar cómo ni pórque, se hallaba acostada á mi lado: ¡Oh mía alma! Yo morir de cólica; yo no resistir las espinacas ni las bacaladas; yo querer testáre e darte muestras de la mía afecta y bonevolenza. Yo, la tua esposa; yo, la Fany Malvenuta, morire en Seviglia, terra española é cristiana, donde comer sempre, bacalada, é espinacas, é pápas, é ensalada, que no poder sufrir mi estomáco.

Mal despierto, y seguro yo de que ni tengo mujer, pues me lamo bien, ni menos extrangera, segun lo revelaban las palabras y acento de la que oía, creíme poseido de una pesadilla, y procuré reconciliar mi sueño.

Pero la voz doiiente, apretándome con su mano temblona hasta lastimarme, repetía con ánsias: «Yo morir de cólica serrata, yo padecer é sufrir molto, mío caro; yo querer hacer testamenta en el acto; yo adorarle con tota la mía alma, tota la fortuna, totas las mías terras, halágas, palacios, joyas, para tí, oh mío adorato, oh mía alma, oh corazone de mi vida. Yo morircontenta en tuos brazos!

Oyendo estaba yo toda esta relación y sintiendo el dolor que me producía la mano huesosa temblona que me tenía fuertemente agarrado; pero dudaba ¿no había motivos para dudar? de que estuviera despierto, y procuraba cerciorarme reconcentrando mi espíritu.

En esta situación me encontraba, cuando oi abrir con estrépito la puerta de la alcoba, y una voz fuerte y robusta de hombre en la plenitud de sus fuerzas, que decía:

Villana, infame: tu engañarme aquí tambien en Seviglia á los dos días de la nostra llegada. Tu estar con un hombre, con un caballero, infame tambien, traidor que comprometer á un bon marito. Toma furia; toma, mala esposa; ruin muguer, toma, toma; y á cada toma, le enviaba de regalo un estacazo asestado con un buen roten que enarbolaba. Más de un golpe alcanzó á mis pobres costillas; quise levantarme para defaderme; pero entretanto la buena señora, obedeciendo al instinto natural, pára mejor prevenirse de los golpes, abrazóse fuertemente á mí, exclamando: ¡Pietate! ¡Socorro! ¡Favor! Mío esposo; quererte con tota la mía alma; ¡Yo morir; yo querer testare é dejarle la mía fortuna! ¡Yo padecer un forto cólico! !Yo no poder más!

Y en efecto: abriéronse las puertas cerradas del cólico, y por tres bocas, más olientes que husillo preludiando tempestad, espelió aquella cariñosa extranjera, una mar, no una, todas las mares juntas de lo que puede V. figurarse.

Santo Dios ¡cómo me puso! No quiero pensarlo.

Hice un gran esfuerzo y grité: ¡favor, socorro, que me matan!

Entretanto el caballero extranjero, ni cesaba de increparnos á gritos, ni de arrimarnos á su buena mujer y á mi, sendos garrotazos.

Un tanto más libre la señora por el desahogo de su cólico cerrado, huyendo de la tremolina, arrojóse de la cama; mal cubierta con la camisa limpia, segun puede suponerse despues del desahogo de las espinacas, y se salió de la alcoba; de la que huyendo tambien salí yó, en calzoncillos aderezados con el obsequio de la extranjera; quejándonos ambos del dolor que nos causaban los cardenales que nos infligía el roten manejado por robusto brazo.

Al ruido que producíamos y á los gritos que dábamos, levantáronse la patrona, su marido y varios huéspedes (la casa está llena de forasteros), viniéndose á nuestro cuarto.

Viéronnos como estábamos, y cada cual interpretó la cosa á su modo, aunque nadie dió en lo cierto, pero poniéndose todos al lado y á favor del caballero extranjero, insultándonos de lo lindo, llamándonos desvergonzados y qué se yo cuantas cosas más, á la señora y a mí.

Para colmo, uno de los huéspedes, salióse á avisar de lo que ocurría á una pareja de las del orden y ¡cosa rara! compareció en el acto, conduciéndonos velis nolis á la casilla; y gracias que nos dejó vestir, y no nos amarraron por consideración al marido de la extranjera, quien dijo no ser menester, porque para seguridad, bastaba su roten.

¿Cómo explicar lo ocurrido? Yo no sé decirlo.

La extranjera asegura que ella creía que yo era su marido. Este no comulga en semejante creencia, y quiere justicia y batirse comigo.

Yo no sé á que atenerme; lo cierto es que se ha dado parte al juzgado, me han recibido declaración, hállome procesado, aunque en libertad bajo fianza; la señora en la cárcel, y hace unos minutos he recibido la tarjeta y carta que copió á continuación.

La tarjeta dice así: Cabalhero; Si V. no ser un cobarde, batirse conmigo; si ser cobarde, yo matarle como ánna galhina. Joano Camelli.

La carta es la siguiente: Yo ser inocente; mio caro marito, na quererme ver. Yo tomar esta madrugada á sua persona, por mio marito; por ello haber sucedido la mía prisión. Si V. ser caballero, yo espero de sua amabilitate protegerme é ampararme, sacarme de esta prisión é llevarme lejos, lejos á donde con mis riquezas olvidar la désgracia é fortuua de haberle conocido. Sua obligada Fany Malvenuta.

¿Qué parece á V. el lance Sr. Director? ¿Merece ó no merece relatarse?

Lo que veo es que con él tenemos el artículo que faltaba para EL GIRALDILLO. Con que mándelo usted á la imprenta á que lo compongan, y si en algo puedo servirle, cuente conmigo, tanto si es para batirse con el extranjero, cuanto para salir fiador de la mujer con objeto de que la dejen en libertad.

Pero que tal ¿es guapa?

Carlos Apauro.

SALIDA POR ENTRADA

Al pedirle de María
la blanca mano á su tía,
le dijo formal Arturo
que diariamente salía
por un duro.
Casáronse por su mal
y una contienda infernal
él con entrambas sostiene
porque han visto que no tiene
ni un real.
Y aún asegura y porfía
salir por un duro al día,
y no miente el muy lagarto
sale y busca y... ¡no hay tu tía!
¡no halla un cuarto!!
La decepción padecida
no debe admirarles nada,
que eso encuentra en esta vida
el que toma la salida
por la entrada.

CARLOS CANO

EL SEPULTURERO

Rezada la oración postrera y cuando las últimas gotas de agua bendita cayeron sobre el ataud depositado en la fosa, todos los concurrentes al fúnebre acto alejáronse de aquel sitio. El señor cura y los niños del Sagrado Corazón regresaron á la iglesia; los aldeanos y las aldeanas, amigos y vecinos que fueron del hombre que veinticuatro horas antes ha-

bía dejado de existir, volvieron á sus casas... El enterrador fué el único que quedó allí, junto al cadáver del viejo Lahuche, de aquel buen viejo que acababa de abandonar el mundo sin dejar en él un solo pariente.

Casi cubierto de hierba que nadie se cuidabá de arrancar, el pequeño cementerio recibía en aquel instante las postreras y tristes caricias que el sol amarillento de un dia de Otoño le enviaba antes de hundirse en el horizonte. Un airecillo tibio y suave recogía y extendía después los perfumes de las flores campestres. Los pájaros cantaban despidiéndose del dia antes de retirarse á sus nidos.

En verdad que convidaba á vivir la tranquila hermosura de la Naturaleza. Hasta parecía que en aquel melancólico pedazo de tierra, salpicado de cruces, la fosa abríase hospitalaria, fresca y alegre para recibir á un nuevo huésped eterno. Sentado en uno de los bordes de la abertura, colgantes las piernas y en reposada actitud, el enterrador contemplaba con perfecta indiferencia la caja forrada de paño negro y galoneada de cinta amarilla, Cuando movia sus piés, sus zapatos arrancaban de la pared de la zanja algunas piedrecillas y porciones de tierra que, al caer sobre la cubierta del ataúd, producían el ruido de un golpe discreto dado en la puerta de alguien que está aguardando la hora de una cita.

Nada de particular ofrecía el aspecto de aquel honrado aldeano que desde muy joven cumplía, por obligación del oficio, una de las obras de misericordia. Era el tipo vulgar del trabajador campestre: alto, flaco, de robusta naturaleza, de piel curtida por todos lòs rigores de la temperatura. Su frente deprimida y sus ojos pequeños y vivaces, revelaban la astucia y sagacidad tan comunes entre los habitantes de los pueblecillos y aldeas. Fumaba reposadamente su pipa bien atestada de tabaco, antes de realizar su última tarea de aquel día. En el ambiente en calma, el humo subía en espiral y se desvanecía como fugitiva y fantástica aparición contemplada en sueños.

Garoux, este era el nombre del sepulturero, pensaba... Pensaba en el viejo Lahuche, en su antiguo amigo que estaba allí, en el hoyo en que había de dormir para siempre. Fué un buen hombre, algo raro, eso si, pero sus rarezas eran disculpables; tenían, indudablemente, su orígen en el aislamiento en que pasó la mayor parte de su vida; sin padres, sin esposa, sin hijos, sin un perro siquiera, que le ladrara y le lamiera la mano, sin nadie, en fin, que sintiera dolorosa impresión al saber que había muerto repentinamente, al verle tendido, inmóvil, rígido sobre la única cama de sn vivienda...

Lo más que algunos amigos suyos se permitieron sentir fué impaciencia por conocer su testamento.

¡Su testamento! Esta palabra hizo sonreir al enterrador que recordó la manía que más atormentaba al viejo Lahuche. ¡Célebre manía! No transcurría una semana sin que el viejo dejara de reformar sus últimas disposiciones. Y era cosa sabida que, según las simpatías del momento repartía su dinero y sus tierras, de lo cual resultaba que siendo la volubilidad la nota distintiva de su carácter, los amigos favorecidos por él en un testamento eran desheredados en el siguiente y volvían á obtener y perder el favor más adelante, sin que fuera posible calcular cuando murió quienes serían en definitiva los agraciados,

¡Qué sorpresas iba á causar la apertura del último testamento! ¡Cuántos iban á lamentar el tiempo que perdieron acompañando al cadáver!...

El sepulturero continuó fumando y reflexionando... ¿Y por qné no había de ser él uno de los afortunados? Sabía que en uno de los repartos hechos por el viejo figuraba como futuro propietario de tres hectáreas de tierra situadas en Longuives... ¡Digo! en Longuives ¡la parte más productiva del país!... Un extremecimiento de loca alegría recorrió todo su cuerpo, Parecíale estar viendo los campos que iban á constituir, su propiedad, materialmente cubiertos de doradas espigas... ¡Gran Dios, qué cosecha! Se le hizo la boca agua; el agradecimiento de su corazón adquirió la forma de saliva, saliva que él escupía de vez en cuando sobre lo caja del muerto.

Observó de pronto que los pájaros habían cesado de cantar, que las primeras sombras de la noche iban extendiéndose por la campiña. Oyó la voz de bronce de la campana que tocaba el *Angelus* de la tarde. Interrumpiendo su deliciosa meditación y limpiando su pipa, se dispuso á cumplir con su deber y á llenar de tierra la recien abierta fosa.

Y en el instante en que iba á echar sobre el ataud la primera paletada, un ruido extraño le obligó a detenerse, á encorvar su cuerpo y á mirar al fondo del hoyo. Conteniendo la repiración y en la actitud de un hombre que escucha atentamente, oyó crugir las tablas del ataud, y luego una voz muy débil que parecía salir de oprimida laringe y que gritaba así:

—¡So... co... rrooo...

¡Oh, qué horrible era aquella voz apagada, siniestra, semejante á la de un ventrilocuo.

—So... co... rrooo...

Garoux el sepulturero sintió que un temblor frío recorría toda su piel y le erizaba los cabellos. No había duda posible. Aquella voz angustiosa era la del viejo Lahuche que vivía y que estaba separado del mundo por una débil tabla de una pulgada de espesor.

La imprevista resurrección aterró al sepulturero, no sólo por lo excepcional é imponente del caso, sino también porque venía á destruir todos los encantos de un hermoso sueño tan próximo á convertirse en realidad. Lahuche vivía... ¡Adios, tierras de Longuives, doradas mieses, abundantísima cosecha!...

El rostro de aquel hombre adquirió una espantable expresión de ferocidad. Miró en derredor, fijándose bien para convencerse de que nadie podía haber oido le casi imperceptible voz que salía de la fosa; luego hundió con fuerza su pala en el montón cercano y una lluvia de guijarros y tierra cayó sobre el ataud produciendo el efecto de una crepitación de granizos sobre una pipa vacía.

Dióse prisa para terminar la faena. En sus ojos abiertos desmesuradamente reflejábase algo que podía ser también el temor de que el viejo Lahuche surgiera de la tumba. Bien pronto quedó el hoyo casi lleno. La lúgubre voz habia sonado cada vez más apagada, más lejana. La oyó una vez más:

—¡So... co... rro!...

Garoux, con el rostro desencajado y el cuerpo tembloroso y febril, apisonó brutalmente con los piés la tierra que cubría el ataud. Al terminar esta operación, la voz llegó á sus oidos como un gemido débil... Por fin quedó completamente extinguida.

Limpióse el sepulturero el frío sudor que inundaba su frente y se encorvó sobre la tumba permaneciendo así algunos instantes para convencerse de que el resucitado había muerto de veras esta vez. Depués se incorporó, y lanzando una siniestra mirada de despedida á la fosa echó á andar y murmuró con trémulo acento:

—¡Oh! Todo ha terminado, viejo mío... No es fácil que vuelvas á modificar tu testamento.

Un silencio sepulcral reinaba en la campiña. Garoux salió del cementerio lenta y tranquilamente; su negra silueta se borró entre las sombras... entre las sombras de la noche que habían bajado del cielo y cubrían la tierra con un manto de apacible indiferencia, de profundo olvido!

ERNESTO NOIR

(Prohibida la reproducción.)

Preguntáronle á un soldado torpe y presumido si sabría hacer un cañón de artillería, y contestó con gran desparpajo:

—Nada más fácil: se coje uu agujero se le pone hierro al rededor y ya está hecho.

EL BOTIJO

El Jueves santo por la mañanita llegaron á esta capital los tan acreditados trenes baratos, aunque en mal uso, é invadieron Sevilla una infinidad de habitantes de allende la Mancha.

Aprovechando la rebaja de precios y el mal estado de sus intereses, ha venido, procedente de la calle de la Pingarrona, un primo mio que se me ha metido en casa y se me ha comido un riñón, salva sea la parte y á pesar de estar en cuaresma.

Porque es lo que él se dijo:

¡Caracoles! Por quince pesetas veo Sevilla, admiro su procesión y de paso me como todo lo que mi primo tenga.

Y efectivamente vino y me dejó casi en camisa, comiéndose además un queso de bola de mi mayor aprecio que me había regalado mi mamá política.

No contento con eso me obligaba á salir con él para acompañarle á ver todo lo que Sevilla encierra de notable, que es mucho, y á pagar cuanto tomase en el café, á lo que yo accedía gustoso para evitar que se quedase en casa porque todo lo traía revuelto.

Yo sufría en silencio y mi mnger me regañaba diciendo:

—¿Te parece decente lo que hace tu primo? Yo ya no puedo más; hoy se ha lavado las manos tres veces y me ha exigido que me lave el pescuezo porque decía que tenía cardenillo.

—¡Qué barbaridad!

—Y luego él mismo me ha restregado con una gamuza.

—¡Pobre Sinforiana!

Si, pobre Sinforiana; pero tu ni siquiera te exaltas y ya verás como no le das con la escoba para que aprenda.

Y así por el estilo; y yo sufriendo y sin ganas para nada, ni para mirarme al espejo

Por fin se marchó mi primo; pero se llevó, sin que lo advirtiéramos, media docena de chorizos que teníamos en la despensa para regalárselos á un sacerdote, y un refajo de mi señora para hacerse unos calzoncillos de abrigo.

Dios libre á mis queridos lectores de plagas como mi primo y les dé resignación para soportar la desgracia si alguna vez se encuentran en mi caso.

TOROS DE BISUTERIA
Y TOREROS Y AFICIONADOS DE LO MISMO

No tengo el gusto de conocer á V., Sr. Director de EL GIRALDILLO; pero colaborador y corresponsal de *El Gronista* en ésta, he leido con verdadero entusiasmo no sé si el fragmento ó totalidad de un artículo que seguramente pertenecia al primer número del novísimo semanario taurino y de expectáculos que V. ha creado para recreo de la afición á nuestra popular fiesta.

Desde luego y por el énfasis con que se dialoguea con *Caramelo*, resulta el autor de ese trabajo de puro acibar; porque eso de irse tan á fondo y tan por derecho sustentando el principio de la más supina ignorancia en los diestros actuales y en los que á escribir de éstos se dedican, vamos, que es algo así como poner el paño al púlpito diciendo: *Ego sum veritas*, y boca abajo todo el mundo.

¿Qué no hay quien distinga? Si, señor autor dialoguista; hay quien distinga con vista y meollo propios. Esa censura se guarda para el nesfitismo con taleguillas y montera y para tanto niñaco como pedescribe coceando al arte, al sentido comun y berreando ortografía, sintáxis y prosodia.

Jamás, nunca, mejor dicho, hubo tan buenos inteligentes como ahora; lo que pasa es que entre tanta buena espiga de trigo candeal hay cizaña y broza larga que roba el mérito á la sementera; porque á vueltas de mil dislates en que se mezclan las personalidades toreras, resulta que lo malo—que abunda mucho—se revuelve con lo bueno y de ello muchos lectores no sacan nada limpio. Hay qne distinguir mucho, pero mucho, Sr. GIRALDILLO: los vates á un lado, los sábulas á otro y el sentido común, que es la *indumentaria* intelectual que anda más escasa, por medio, á fin de que los desechos vayan al matadero y los aprobados en tienta á espigar lo más curioso y florido del cerrado.

Y como quiera que me place leer lo bueno y echar á la cesta de lo inservible lo malo, materias hay que tratar en abundancia en que sin personalizar, sin ultraje ni vilipendio, puede usted echar mano á su censura é imitando al famoso *Chironi padre* dar la clave para la crítica y el aplauso justos.

Y cuente que subir al púlpito en esa, ya es labor fuerte, porque si trata de decir verdades aunque las manifieste poniendo guante en la mano, almibar en la pluma y flores en el papel, como quiera que la verdad no tiene en su expresión más que una línea recta interminable, vaya usted haciendo acopio de tila y paciencia, que ya le lloverán interrogatorios, censuras y anatemas cuya única significación se estereotipará en la frase desdeñosa de los que á diario usan el *horcate* para discurrir de toros y de toreros: «Usted no sabe un pimiento.»

Esa frase tan de aficionados (?) es el verbo del arte en la discusión del mismo, y cuente usted Sr. GIRALDILLO que el sevillanismo no ilustrado sino copeado, es lo más abundante en las tascas y talleres y cuando ellos afirman una cosa sabido la tienen.

Conozco bien la tela porque ahí corté muchos